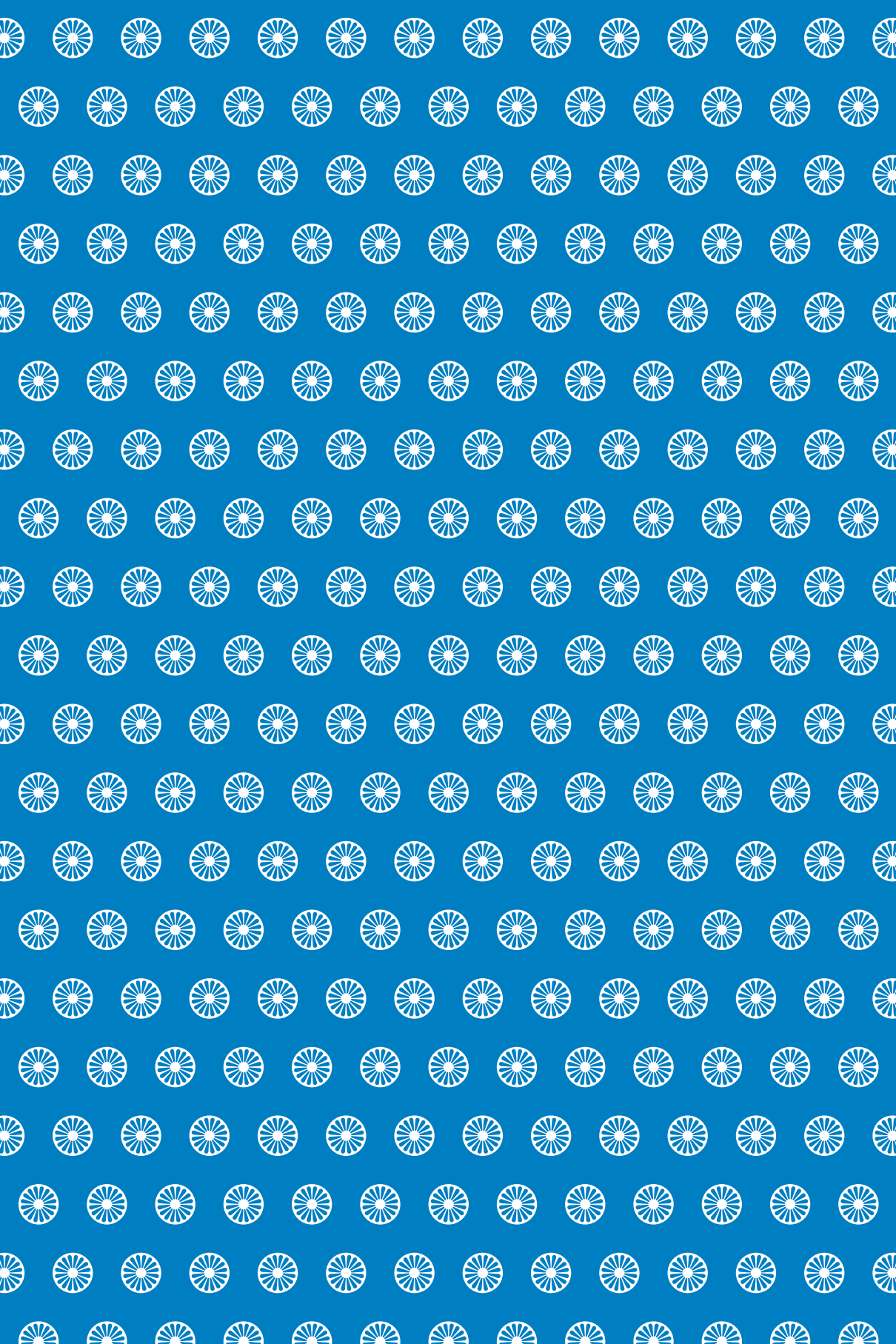


LA CAJA DE MANUELA

Lola Cabrillana
y Mónica Rodríguez Suárez







Cuentos que son puentes

Celebrando los 600 años
del Pueblo Gitano
en España



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE DERECHOS SOCIALES, CONSUMO
Y AGENDA 2030



POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL



fundación sm

Primera edición: octubre de 2025

Dirección editorial: Mayte Ortiz

Coordinación editorial: Andrea Díaz de Cerio

Corrección: Jaime Garcimartín

Diseño y maquetación: Dirección de Arte SM

© del texto: Lola Cabrillana y Mónica Rodríguez Suárez, 2025

© de las ilustraciones: César Tezeta, 2025

LA CAJA DE MANUELA

Lola Cabrillana
y Mónica Rodríguez Suárez



Ilustraciones de César Tezeta



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE DERECHOS SOCIALES, CONSUMO
Y AGENDA 2030



POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL



fundación sm

El cumpleaños



Una enorme tarta adornada con crema de chocolate y fresas presidía la mesa. Manuela la miraba con admiración mientras ayudaba a su madre a colocar las bandejas con bocadillos. Estaba tan nerviosa que no podía permanecer quieta. El salón estaba precioso. Los globos de colores y las brillantes guirnaldas anunciaban el ambiente festivo. No veía el momento en que sus compañeros de clase llegaran a su casa. Regañó varias veces a sus hermanos pequeños, que, impacientes, asomaban sus dedos por debajo de la mesa para intentar atrapar alguna golosina.

Los había citado a las cinco, pero eran las seis y ninguno había llamado al timbre de su puerta.

—Es tarde —asumió con tristeza—. Y no ha venido nadie. Ninguno de mis compañeros.

Sus padres se miraban preocupados. Se temían lo peor. La tristeza de su hija aumentaba por momentos. La niña tenía la mirada perdida, fija sobre los dulces y aperitivos que habían preparado con tanto esmero.

Dos horas después, Manuela se dio por vencida. Entró en su habitación cabizbaja. Se miró al espejo y observó con atención sus ojos negros enrojecidos por el llanto. Su piel morena brillaba al reflejar los rayos de luz que entraban por su ventana. La pena que sentía se hizo un

nudo en su pecho. Se sentó en la cama y comenzó a llorar en silencio.

—Es porque soy gitana, *mama* —susurró, abrazándose a su madre.

—Manuela, no es tu culpa. Eres nueva en el colegio. A veces cuesta un poco hacer amigos.

—*Mama*, nadie quiere ir a casa de unos gitanos. Me lo dijo una niña en el recreo.

Las manos de su madre se posaron con suavidad en sus mejillas. A través del espejo buscó la mirada de su marido, que las escuchaba fuera de la habitación. Él entendió que había llegado el momento. Tenían que dárselo ya.

—Entiendo que estés triste, pero no te puedes rendir —le dijo—. Lo que te ha pasado hoy, aunque ahora sientas que es algo triste, que te duele, se va a convertir en algo bonito que no olvidarás nunca.

—No hay nada bonito en que nadie te quiera, *mama*.

—Somos muchos los que te queremos. Tu familia es muy grande.

—¿Y por qué mis compañeros no me quieren?

—Sé que te va a costar un poco entender esto, pero no se puede amar lo que no se conoce.

—Pues me gustaría que me conociesen. Que supiesen qué es ser gitana. Pero ¿cómo?

—Para eso estamos nosotros, tu familia. No estás sola, Manuela. Vamos a ayudarte. Y vamos a empezar por un

regalo muy especial. Un regalo que te dejó tu abuela antes de marcharse.

—¿Mi abuela dejó un regalo para mí?

—Y no es un regalo cualquiera. Está en su cuarto.

Manuela se levantó de un salto y corrió hacia la habitación que había pertenecido a su abuela. Empujó la puerta despacio. Estaba nerviosa por ver su regalo, pero no podía evitar sentir nostalgia al encontrarse con sus recuerdos. Su abuela había sido maestra y aquel era el cuarto donde solía leer, donde se sentaba a preparar sus clases. La echaba mucho de menos. Se sorprendió cuando vio que, en medio de la habitación, sobre la mesa, había una caja enorme.

Manuela no sabía que en ella encontraría mucho más que respuestas.



La caja



La persiana estaba a medio bajar. La luz tibia caía en vertical sobre la caja de madera, dándole un aspecto mágico. Despacio, como si entrara en otro mundo, se acercó a ella. La puerta se cerró a su espalda. Ni su padre ni su madre ni sus hermanos habían entrado con ella. Estaba sola frente a la caja. Era un joyero de grandes dimensiones. Y tenía una cerradura. Manuela contuvo el aliento. Puso las manos sobre él y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Le dio la sensación de que su abuela estaba allí con ella. Casi podía oírla susurrar: «Adelante, adelante».

La abuela Manuela había sido una mujer valiente, como también lo era ella. Se sorbió los mocos y se resregó los ojos. Ilusionada, trató de abrir aquel enorme joyero, pero estaba cerrado con llave. Entonces, allí, junto al cofre, lo vio. Era un sobre con su nombre: «Manuela». Lo abrió impaciente. Leyó:

La caja de las respuestas.

Una pregunta la abre.

Una pregunta la cierra.

La niña se mordió el labio. ¿Una pregunta? ¿Y cuál sería? Estuvo pensando un rato. Probó con algunas:

«¿Qué hay dentro de la caja?», «¿Cuántos años cumplo?», «¿Por qué no ha venido nadie a mi cumpleaños?». Pero la cerradura seguía inmóvil. Miró a su alrededor, a ver si se le ocurría algo. Vio su imagen fugaz en el espejo de la abuela. Apenas una sombra en la que no se podía saber quién era esa niña delgada y despeinada. ¡Eso era! Se agachó y le dijo en un susurro a la cerradura de la caja:

—¿Quién soy?

Una luz centelleó en la cerradura y el joyero se abrió con un leve tintineo. Despacio, levantó la tapa. Su rostro se iluminó con el resplandor de su interior.

Dentro había una prenda de ropa y varios objetos. Cogió uno al azar: un clavo. Lo dejó y tomó otro: un anillo de oro. ¿Qué significaba todo aquello? Desplegó de nuevo la hoja del sobre y le dio la vuelta buscando alguna instrucción. Puso el papel contra la ventana y allí estaban: letras invisibles que aparecían al trasluz.

Cada objeto con su dueño,
cada pieza en este sueño
la memoria te traerá
y la respuesta tendrás.

Más abajo había una palabra: «Falda». ¿Qué significaba todo aquello?

La falda



Manuela revolvió en la caja y sacó una falda. Era larga y de vivos colores. Le pareció muy bonita. ¿A quién se la tenía que devolver? ¿Quién sería su dueña? ¿Alguien de su familia? Decidió ponérsela sobre su ropa. Le quedaba grande, la arrastraba por el suelo, pero le gustaba. La remangó con salero y dio una vuelta.

Todo giró en el cuarto con ella: la luz, el espejo. Cerró los ojos porque se mareaba.

Cuando los abrió, estaba en un prado al borde de un camino. Sorprendida, miró a su alrededor. Había tierras de labranza, y viñedos, y árboles grandes mecidos por el viento. ¿Cómo había llegado hasta allí? Una ciudad con edificios de piedra palaciegos y cúpulas de iglesia se reflejaba en las aguas de un río, al final del camino. En su orilla, entre los altos sauces, acampaba una muchedumbre. Cerró con fuerza varias veces los ojos, pero todo aquello seguía allí. Y parecía tan verdadero como que ella se llamaba Manuela.

Se agarró la falda y empezó a caminar hacia esa gente. Su corazón iba muy deprisa. Estaba asustada, pero comprendía que todo eso formaba parte del regalo de su abuela. Saberlo le daba fuerzas. Le encendía las mejillas de emoción.

Entre las gentes morenas, de cabello suelto y telas de brillantes colores, sentadas junto a monturas, carromatos y perros, vio a una niña. Era tan parecida a ella que su corazón se detuvo. Fue ese parecido el que la impulsó a acercarse a ella.

Estaba tejiendo una cesta con mimbre, que recogía de los sauces de la orilla, y cantaba una canción en un idioma que ella no conocía, pero que entendía. Era muy morena, más delgada que Manuela y más pequeña de estatura, pero tenía su mismo pelo y sus mismos ojos. También su falda era semejante a la que ella llevaba, pero más estropeada. Estaba descolorida, sucia y rota por algunas partes.

—Hola —dijo Manuela.

La niña levantó la cabeza y sonrió. No pareció sorprendida de verla. Tampoco dejó de cantar. Su voz era



grave y se perdía entre las voces y los relinchos de los caballos. Parecía que aquella gran familia de gente pintoresca se ponía en marcha. Las mujeres se ataban con un lazo de paño viejas mantas sobre las blusas. Algunas se ponían pañuelos o turbantes. Todas llevaban largos aros y pulseras. Los hombres se calzaban sombreros y algunos se subían a los caballos. Había muchos niños, la mayoría descalzos. Un hombre se acercó. Era muy moreno y tenía una mirada autoritaria. Le ordenó a la niña que subiera a uno de los carromatos. Era raro, porque tampoco hablaba castellano, pero ella ese idioma lo entendía, como si estuviera dormido en su corazón.

—¿Y tú quién eres? ¿Qué haces aquí sola? —le preguntó el hombre a Manuela.

—Soy la nieta de Manuela.



El hombre pareció comprender.

—Entonces, sube con Jaya. Eres de las nuestras. Si tienes hambre, te daremos de comer; si tienes frío, te daremos una manta. Vamos, vamos, sube con Jaya. Somos una gran familia.

Manuela no se lo pensó y corrió al carromato. La caravana se puso en marcha. Las dos niñas estaban sentadas en la parte de atrás y veían cómo se alejaba el río, se movían los árboles y saltaba el cielo en los baches. Jaya tomó un racimo de uvas que había cogido por el camino y le dio parte a Manuela. Las dos saborearon la pulpa dulce y jugosa mientras sonreían. El viento les hacía entrecerrar los ojos.

Iba a preguntarle quiénes eran, pero ya lo sabía. Eran gitanos y hablaban romaní o algo parecido. Por aquella forma de vestir, parecían salidos de otra época.

—¿Dónde vamos? —quiso saber.



—A Zaragoza, a que nos devuelvan dos perros de gran valor que nos han robado. El tío Tomás ha conseguido que el mismo rey le dé un salvoconducto para circular por Aragón y que le devuelvan los perros. Es don Tomás, conde de Egipto Menor—se rio la niña, señalando al hombre que la había invitado a subir y que iba el primero a caballo.

—¿Qué rey?

—Alfonso V de Aragón.

Manuela pestañeó mucho ante la sorpresa.

—Pero ¿en qué año estamos?

—Pues en qué año va a ser, en 1425. Llegamos no hace mucho a través de las montañas de Francia y antes vinimos de Asia meridional. Nuestros antepasados salieron de la India hace muchísimo tiempo. Nos gusta la vida itinerante.

Las dos se quedaron mirando el paisaje en movimiento: bosques, caminos, nubes. Se escuchaba el traqueteo de las ruedas y los ladridos de los perros. A Manuela también le gustaba esa vida en movimiento. Se metió otra uva en la boca y, abriendo su falda en abanico, preguntó:

—¿Tú sabes de quién es esta falda?

La niña negó con la cabeza.

El tío Tomás se había retrasado con su caballo y se acercó a ellas. Las miraba sonriente. Debía pensar en lo parecidas que eran.

—Pregúntale a él. Es muy sabio —dijo Jaya.

—Tío Tomás, ¿tú sabes de quién es la falda que llevo?
—preguntó Manuela.

—Claro que lo sé —dijo el hombre desde el caballo sin dejar de sonreír—. Es de quien la necesite.

Cruzaron un puente para adentrarse en la ciudad. Allí, mujeres y hombres ricamente vestidos los señalaban. Debían sorprenderles la alegría de los gitanos, sus telas de colores, su bullicio al deambular libremente de un lugar a otro, tan diferente a su modo de vida.

—Nos tienen envidia porque formamos una gran familia y somos libres —se rio Jaya.

Después le dijo que iría con el tío Tomás a buscar los perros y le pidió que le hiciera un peinado como el suyo.

—Quiero ir muy guapa, que el tío Tomás esté orgullosa de su sobrina.

Manuela le trenzó el pelo. Al ver la falda desgastada de Jaya, entendió las palabras del tío Tomás, el conde de Egipto Menor. Ya sabía a quién pertenecía la suya. Se la quitó y se la dio a Jaya. La niña la abrazó. Se puso la falda y a cambio le dio un ramillete de sauce, con cuyas ramas tejía las cestas. La caravana se detuvo y las dos se bajaron. Algunos gitanos tocaban un instrumento. Jaya tomó las manos de la niña y comenzaron a dar vueltas. Giraban y giraban por las calles empedradas, y la música giraba con ellas, y el cielo también giraba, y la habitación de la abuela. Porque de repente volvía a estar allí. Frente al espejo y la mesa y la caja que parecía un gran joyero.

Manuela se detuvo, mareada. Estaba sola, sin la falda, con las mejillas ardiendo y un ramillete de sauce en la mano.

El clavo



Manuela se acercó a la cara el ramillete de sauce para olerlo. Desprendía un perfume a hierbas aromáticas y flores frescas. Su fragancia la reconfortó. Con una sonrisa lo dejó junto al joyero.

Impaciente por descubrir el resto de su contenido, corrió a mirar el papel de las instrucciones. Necesitaba saber qué era lo siguiente que tenía que coger. Puso la hoja en la ventana y comprobó, extrañada, que estaba en blanco. Ni siquiera al trasluz, como la otra vez, se podían leer las frases anteriores. Le dio varias veces la vuelta, intentando encontrar las reglas para seguir descubriendo el regalo que le había dejado su abuela.

Cuando comprobó de todas las maneras posibles que no iba a encontrar nada en el papel, decidió mirar dentro del joyero. Al meter la mano en su interior, sintió un pequeño cosquilleo. Sonrió al darse cuenta de que las instrucciones no estaban allí, dentro de la caja. Tenía que buscarlas fuera. Su abuela no se lo iba a poner fácil.

Estuvo un rato pensando dónde encontraría las pistas para seguir. Volteó el joyero para mirar si había aparecido algo, pero no había nada. Miró la habitación con atención, fijándose en cada detalle.

Se acercó a la guitarra de su abuela, que descansaba apoyada en una esquina de la cama. Su abuela le había enseñado a tocarla, a acariciar sus cuerdas para que los

sonidos se convirtieran en melodías. Recordó que siempre le decía que con la música era fácil encontrar las soluciones a todos los problemas. Cuando algo le preocupaba, las dos se sentaban sobre la cama, su abuela tocaba y ella la acompañaba cantando.

Acarició muy despacio las cuerdas con los dedos y no pudo evitar la tentación de cogerla, de colocarla en su regazo. Evocó esa canción flamenca que tanto le gustaba. Se miró las manos: tenía las uñas demasiado cortas para tocar. Buscó la púa que su abuela siempre le prestaba y que guardaba en el primer cajón de la cómoda, pero no la encontró.

Recordó que en la caja había visto un objeto que la podía ayudar a tocarla. Era un clavo extraño, con la cabeza grande y la punta alargada. Estaba segura de que le serviría si lo utilizaba por la parte aplanada.

Lo cogió con cuidado y se fijó en que era más brillante de lo que recordaba.

Comenzó a tocarla y, ya en los primeros acordes, sintió algo raro. Fue como si la música la volviera invisible, como si la envolviera entre sus notas con cariño, haciendo que el ritmo la llevara a otra dimensión. Sintió que todo giraba de nuevo, pero esta vez el giro fue suave y apacible.

Cuando levantó la cabeza, se dio cuenta de que no estaba en su habitación. De nuevo tenía que encontrarse con otra respuesta.

No reconoció el lugar donde se encontraba. Parecía el exterior de una enorme casa.

Vio a dos niñas de su misma edad que llevaban apoyadas en las caderas sendas jarras de agua. Les costaba guardar el equilibrio. Una se tropezó y casi tira la jarra al suelo. Manuela corrió a ayudarla.

—Casi que no lo cuento, niña, vaya batacazo que me iba a dar —dijo la más alta riendo a carcajadas.

—¿Tú quién eres? ¿Eres nueva? —preguntó la más pequeña de las dos.

—Soy Manuela —se presentó, acercándose más a ellas.

—Yo soy Carmen y mi hermana pequeña es Sara. Será mejor que nos sigas rápido, Manuela, van a hacer el re-



cuento y es mejor que estemos dentro. Rosa nos dijo que vendrías, vamos a buscarla.

La niña entró a un barracón enorme donde decenas de mujeres hablaban en pequeños grupos. No había muebles ni objetos que adornaran la estancia. Las paredes estaban sucias y lo único que había apilado en el suelo eran unos jergones ennegrecidos separados por trozos de telas. La sala estaba fría y olía a una mezcla de suciedad y humedad que volvía el aire irrespirable.

—Manuela —la llamó una voz.

Una mujer joven, de poco más de veinte años, la miraba mientras la cogía con suavidad por los hombros.

—Anda ven, vamos afuera para que nos dé el aire. Aquí no se puede respirar.

La cogió de la mano y, con seguridad, la llevó a un patio interior rodeado de columnas. En el centro, unas plantas en grandes macetones de barro adornaban el único trozo que estaba limpio.

—¿Vives aquí? —preguntó Manuela.

—Todas vivimos aquí. Anda ven, siéntate en el escalón conmigo. No es muy cómodo, pero podremos estar un rato tranquilas.

Manuela se quitó el pelo de la cara, pero el aire volvía a meterle de nuevo los mechones en los ojos. Rosa se quitó una cinta que tenía anudada en la muñeca y se la puso a la niña a modo de felpa, para que los rizos no le molestaran más.

—¡Qué cinta más bonita! —exclamó Manuela.

—Puedes quedártela. Las hacía en mi pueblo, Vélez-Rubio, y las vendía con mi madre los días de mercado. Pero eso fue hace mucho, antes de que pasara todo.

—¿Qué pasó? —interrogó la niña con curiosidad.

—Algo terrible, Manuela. Aquella noche cambió la historia de todos los gitanos y de todas las gitanas de España. Fue hace unos años, en 1749, una noche de verano. Estábamos dormidos, era medianoche y escuchamos un estruendo horrible seguido de muchos gritos. Los caballos rechinaban nerviosos. Las puertas se abrieron de forma violenta. Vinieron a apresarnos, nos llevaron esa misma noche a todos los gitanos de España. Separaron a los hombres de las mujeres y nos encerraron. Primero nos llevaron a la Alcazaba de Almería; luego, a la Alhambra de Granada; también pasamos por Málaga; y, por último, nos encerraron aquí, en Zaragoza. Lo denominaron la Gran Redada.

—¿Y por qué os han apresado? Si no habéis hecho nada malo...

—No nos quieren, Manuela. Llevan siglos queriendo echarnos. Cuando llegamos, nos acogieron bien, pero luego los Reyes Católicos ya nos lo pusieron muy difícil. Eso fue hace doscientos cincuenta años. No podíamos ni caminar por la calle. Si nos pillaban hablando nuestra lengua o intentando vender nuestras creaciones, ya podías echar a correr, o acababas con latigazos en la espalda, y eso era lo más leve que te podía pasar. Y así ha sido siempre. El odio de algunos ha sido el duro camino de otros. Y a nosotros nos consideraban «una raza malvada llena de ladrones», cuando lo único que hacemos es trabajar y disfrutar de la vida con alegría.

—¿Y no os ayudó nadie? —preguntó Manuela.

—Claro que sí, muchos de nuestros vecinos se rebelaron y gritaron por las injusticias, pero el marqués de la Ensenada, el culpable de que nos llevaran a prisión, hizo oídos sordos. Seguro que ese malaje disfrutó contando toda la mano de obra gratis que tendrían en las minas y en las galeras. Todos nuestros hombres, incluso los niños mayores de siete años, están trabajando allí como esclavos de sol a sol. No te vayas a pensar que es la primera vez que lo intentan, esto nos ha pasado muchas veces a lo largo de nuestra historia. Y antes podíamos pedir ayuda





en las iglesias, donde se nos daba cobijo. Pero el marqués de la Ensenada ya se ha encargado de que tampoco podamos pedir cobijo en ellas. Y para eso ha tenido un ayudante que les ha dicho a todos los curas que no somos buena gente.

—¿Y vuestro rey? ¿No os puede ayudar?

—Ese es otro malaje que está de acuerdo en todo. Y el cura que lo confiesa es muy amigo del marqués de la Ensenada.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó Manuela apesadumbrada.

—No rendirnos. Vamos a escapar. Tengo un plan. Estoy haciendo un agujero en la pared. Por las noches, la humedad con agua para que esté más blanda y voy arañándola con las uñas. Sé que tardaré mucho, pero lo conseguiré.

De pronto, Manuela lo entendió todo.

—Tengo algo que quizás pueda ayudarte.

Manuela sacó el clavo de su bolsillo y se lo puso en la palma de la mano a Rosa. Rosa la miró con los ojos muy abiertos, cerró la mano con fuerza y le dio un abrazo a la niña.

—Gracias, con el clavo haré un agujero más rápido. Pero ahora tienes que marcharte, Manuela. Van a hacer la ronda de identificación de las adultas y no quiero que te vean aquí.

Una mujer corpulenta con una voz muy grave se acercó y ordenó a Rosa con brusquedad que entrara.

Manuela miró a Rosa por última vez. En sus ojos negros vio la pena y la alegría, el amor por su cultura y el dolor por los que perdió en el camino. No tenía ni idea de cómo salir de allí, pero no estaba asustada. Recordó que había dejado la guitarra apoyada en una pared y sintió una punzada de miedo. Era la guitarra de su abuela y no quería perderla.

Corrió hacia los barracones y salió por la puerta por donde había entrado. Sara y Carmen estaban allí, junto a su guitarra, bailando con otras niñas. Bailaban una canción que ella conocía. Una de las canciones que le había enseñado su abuela. Las miró de lejos, sin atreverse a acercarse. Cuando Carmen la vio, le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Manuela cogió la gui-



tarra y comenzó a tocar mientras las otras zapateaban. Un cosquilleo le subió por los pies. De nuevo esa sensación de hormigueo, de ensoñación. Sintió que daba la vuelta en un espacio que no podía controlar. La música la envolvió con cuidado, trasladándola hasta el cuarto de su abuela.

Cuando soltó la guitarra se sintió turbada. Notó que algo le caía por los hombros. Era la cinta que Rosa le había puesto en la cabeza. Le dio pena que la mujer le hubiese regalado lo poco que tenía.

Pero sonrió al recordar lo que solía decirle su abuela: «En todos los corazones gitanos, incluso en los más pobres, hay siempre espacio para la generosidad».



El anillo de oro



Manuela colocó la cinta junto al ramillete de sauce y volvió a mirar el interior de la caja. Sus mejillas ardían y su corazón iba muy rápido. Estaba viviendo demasiadas emociones juntas, pero no podía detenerse. Quería saber todo lo que escondía la caja. Quería conocer todas las respuestas. Tomó el papel y trató en vano de encontrar nuevas instrucciones.

En la ventana, la tarde caía. En lugar de encender la luz, Manuela abrió la persiana del todo. El último sol se deslizó por el cuarto hasta la caja. Dentro, el anillo de oro resplandeció. Manuela lo sacó con cuidado. Era grande y pesado, con la imagen de una herradura tallada en la parte ancha y una M mayúscula incrustada dentro. Se lo puso en el dedo anular, pero le quedaba muy grande y se lo cambió al pulgar; aun así, le bailaba. Lo acercó a la ventana para verlo bien.

El sol de la tarde se rompió contra el anillo. Un fogonazo la cegó. Fue como si alguien hubiera encendido un fósforo. Todo resplandeció con su llama para después apagarse, pero aquella luz, que ya no estaba en el anillo, inundaba el aire. Manuela pestañeó.

El sol lo llenaba todo. Se mezclaba con el barullo de voces infantiles. Frente a ella había una iglesia y en su porche revoloteaban un puñado de niños. Iban calzados con alpargatas y la mayoría llevaba una pizarra bajo el

brazo. Un hombre pulcro y nervioso les ordenaba entrar en silencio. Manuela comprendió que la magia había vuelto a suceder y que se encontraba, a saber en qué año, en la entrada de una escuela rural instalada en aquella iglesia.

Un mocito muy moreno, descalzo, con las piernas al aire y el cabello alborotado, trató de ponerse en la fila, pero el maestro lo echó.

—¡Fuera, gitanillo! Cuántas veces te tengo que decir que aquí las familias no admiten a niños como tú.

Los otros muchachos se rieron, lo increparon, e incluso alguno le lanzó una piedra. El gitanillo les hizo un gesto feo con la mano y echó a correr enfurecido por el camino, haciendo saltar terrones con sus pies desnudos. Manuela sintió un golpe en el corazón. ¿Qué había hecho ese niño para que lo trataran así? ¿Solo por ser gitano podían echarlo de la escuela? El mocito se perdía entre los árboles que bordeaban el pueblo.

—¡Espera! —gritó Manuela, echando a correr detrás de él.

Lo alcanzó bajo unos chopos, cerca de un riachuelo. El agua sonaba y la respiración del niño también. Se volvió hacia ella desconfiado, pero entonces sus ojos se posaron en el anillo y sonrió.

—Son unos brutos y unos tontos —dijo Manuela muy enfadada—. Deberían dejarte ir a la escuela.

—No quieren que los gitanos aprendamos, aunque tengamos derecho. El abuelo dice que, ahora que hemos cambiado al siglo XIX, los gitanos somos tan españoles como cualquiera ante la ley. Pero a la hora de la verdad

no es así. De todas formas, es difícil estudiar para un niño pobre. Y los gitanos somos pobres porque siempre nos han marginado y perseguido. Mis hermanos y yo tenemos que trabajar para ayudar a la familia. Pero yo lo que quiero es aprender a leer y escribir, por eso vengo cada mañana. Algún día me dejarán entrar y aprenderé. Solo el abuelo Manuel, que ha vivido mucho, sabe algunas letras. Esa, por ejemplo —dijo señalando el anillo—, la M de su nombre. ¿Sabes que tiene un anillo como el tuyo? Yo también me sé esa letra. Me llamo Manuel, como él.



—Yo me llamo Manuela —dijo la niña, divertida con la coincidencia—. ¿Quieres que te enseñe a escribir tu nombre?

Manuel asintió. Los dos se sentaron bajo los chopos. Con un palo, Manuela escribió en la tierra «MANUEL». Las hojas imprimían claroscuros en las letras.

—Y si pones al final una A, es mi nombre.

El niño escribió: «MANUEL MANUELA». Ella añadió la Y: «MANUEL Y MANUELA». Los dos se miraron a los ojos y rieron.

—Ven —dijo el niño—. Tienes que conocer al abuelo Manuel. Yo algún día seré tan sabio como él.

Caminaron por las afueras del pueblo, junto al arroyo. Recogieron agua con un caldero que el niño había escondido entre los matorrales. Mientras avanzaban sobre los hierbajos, Manuel le iba contando cosas del abuelo, que era en realidad su bisabuelo. De niño, la milicia local le había hecho una marca en la piel solo por vestirse como un gitano. Y unos años después lo detuvieron en la Gran Redada. Manuela asintió, porque ya sabía qué era la Gran Redada.

—El abuelo Manuel pasó catorce años trabajando en unas minas, preso injustamente. Y vio morir a muchos de los suyos. Pero resistió. Era joven y fuerte, ahora es un anciano. Yo quiero ser como él y quiero luchar para que no se hagan más injusticias contra los gitanos.

Manuela asintió, ella también quería luchar.

Un poco más adelante, el aire les trajo golpes de martillo y ruidos de animales. Alcanzaron una construcción

humilde. Por la puerta abierta, un fuego rojizo competía con la luz. Un niño pequeño le daba aire a aquel fuego con un fuelle. Los rizos sudados se le pegaban a la cabeza. Cerca, un hombre golpeaba un hierro candente. Un jovencito, sentado a la puerta, pulía una herramienta. Junto a él, otro niño golpeaba un caldero abollado para devolverle su forma. El ritmo del metal martilleaba el aire.

—Yo también tengo que trabajar —dijo Manuel—. Pronto vendrán las mujeres con la comida. Mira, allí está el abuelo Manuel.

Sentado bajo una higuera había un anciano. Llevaba un gorro ancho y una camisa abierta. Los pies descalzos se apoyaban contra la tierra. Parecía un árbol viejo. Fumaba como pensando en cosas muy lejanas.

Manuela observó que cuando los niños tenían alguna dificultad, preguntaban al abuelo y él respondía con paciencia. Todos le guardaban mucho respeto. Así ocurría siempre en las familias gitanas. Pensó en su abuela y en todo lo que le estaba enseñando en esa tarde que había empezado tan mal. Los mayores son los guardianes de la sabiduría, la tradición y la experiencia de vida. Son el tronco que sujeta la familia y la vida gitana. Esos niños no podían ir a la escuela, pero al menos tenían la palabra del abuelo Manuel. Pensó en lo que siempre le habían dicho su madre: «Los ancianos son los libros de los gitanos». Y se alegró de que fuera así.

El abuelo Manuel, al ver a la niña, le hizo una seña para que se acercara y le pidió que le enseñara la mano con el anillo. Sonrió y sus ojos se hicieron muy pequeños. Le mostró su anillo, que era muy parecido.

—Te estábamos esperando —le dijo.

Dentro de la fragua, Manuel echó agua a unas piezas de hierro fundido. Los otros niños se habían vuelto hacia Manuela. Una luz encendía sus ojos. Miraron al hombre que martilleaba sobre el yunque como para pedir permiso, él asintió y todos corrieron hacia ella. También el hombre dejó su trabajo para acercarse a Manuela.

De algún lugar apareció una niña de su edad con una gallina tuerta en los brazos y se unió a ellos. Tenía el pelo empapado, las ropas como puestas con descuido, las mejillas frescas. Tiritaba y olía a río. La gallina cloqueaba asustada.

—Ella es Josefa. Viene de bañarse en el río. Lleva desde la madrugada trabajando en el campo —le dijo el abuelo Manuel—. ¿Por qué no enciendes una lumbre, que están a punto de llegar las mujeres?



Manuela no sabía cómo empezar a hacer una hoguera sin cerillas ni nada. Buscó leña con la mirada, pero los niños ya se le habían adelantado y hacían un montón con unos palos. La lumbre chisporroteaba cuando llegaron las mujeres tirando de un borrico. Eran una anciana y dos gitanas de unos treinta años. Entre todos las ayudaron a descargar las alforjas.

Cuando la anciana vio a la gallina tuerta que traía Josefa en los brazos, arrancó una hoja gruesa y carnosa de una planta que llevaba en las alforjas, sacó el gel del interior de la planta y se lo frotó en el ojo a la gallina.

—Esto la calmará y acelerará su curación.

La *mama* y la tía calentaron habichuelas en un caldero, que apoyaron en unas piedras sobre el fuego. La familia gitana acogía a Manuela con alegría y generosidad. Se los veía agotados de trabajar duro y, sin embargo, reían. Manuel y sus hermanos estaban sudados y harapientos. Al más pequeño se le habían quemado las pestañas y tenía los ojos irritados, el adolescente presentaba una ampolla en el brazo y los cuatro estaban tiznados de carbón.

—Es por la fragua —le dijo el abuelo Juan, que parecía leerle el pensamiento—. Hay que soplar el fuego para calentar el hierro y poder hacer las herramientas, los herrajes, las herraduras... Estos niños trabajan de sol a sol.

Manuel se sentó a su lado y las mujeres repartieron las habichuelas. Todos comieron con ganas. Cuando terminaron, el abuelo Manuel les contó una historia que escucharon absortos. Dentro de las palabras del anciano había vida. Había luz, como la que desprendía el anillo. Y esa luz estaba también en la música del tamboril de

cuero y de la guitarra que tocaron al acabar los cuentos. Todos daban palmas. El fuego encendía los ojos, olía a calor y a hollín.

El abuelo Manuel cantó una copla sobre el cautiverio que era una pena negra en el corazón. Levantaba los brazos como sosteniendo aquella amargura y sus mangas se echaron hacia atrás. Manuela pudo ver la marca que tenía en el brazo, hecha con un hierro candente. Se volvió hacia Manuel, que contemplaba al abuelo con los ojos grandes, admirado. «Algún día seré como él», le había dicho. Manuela comprendió que el anillo que ella llevaba, el anillo que le había dejado su abuela tenía dueño. Le pertenecía a aquel niño despierto, con tantas ganas de aprender y rebelarse ante las injusticias. Se lo quitó, tomó la mano de su amigo y le puso el anillo en el dedo anular. Manuel sonrió agradecido. Se levantó de un salto y, al rato, ya estaba de vuelta, sofocado, trayendo consigo una herradura.

—Toma. La he hecho yo en la fragua. Te dará suerte.

Manuela asintió contenta y cogió la herradura que sostenía Manuel. El anillo en su mano reflejó las llamas del fuego. Un destello prendió el aire y la cegó. Pestañeó al sentir el peso de la herradura en las manos y los dedos calientes de Manuel.

Cuando abrió los ojos, estaba en el cuarto de la abuela, sola, con la herradura. Apenas había luz. Volvió la mirada hacia la caja y sonrió. Pensó que en verdad aquella herradura le traería suerte.

La cachava



Manuela sintió un cosquilleo en el estómago. Se paró unos instantes a analizar si era una sensación por la aventura que acababa de vivir o era el hambre que le apremiaba. Recordó los bollos de leche que su madre había horneado un rato antes y estuvo tentada de ir a por uno. Pero la curiosidad por descubrir a qué aventuras le llevarían los demás objetos del joyero fue más tentadora y decidió seguir explorando el regalo de su abuela.

Colocó la herradura junto a la cinta que le había dado Rosa Cortés y el ramillete de sauce que le había regalado Jaya y se puso de puntillas para ver el fondo del joyero. Algo le llamó la atención. Atravesado en diagonal, había un palo de madera extraño. Estaba recubierto de cintas de cuero de colores brillantes. A Manuela le resultó familiar. Intentó sacarlo, pero no lo consiguió. Pegó un tirón fuerte y el objeto cedió. Era un bastón de madera. Al sacarlo le pareció mucho más grande. Manuela sonrió. Sabía lo que era. Su padre tenía uno parecido y lo guardaba con mucho cariño.

Lo cogió por la empuñadura y golpeó el suelo con la punta. No escuchó el sonido hueco de la madera chocando con la solería. En su lugar se había levantado un polvo extraño y creía haber escuchado unas voces lejanas. Golpeó de nuevo, pero no conseguía oír las voces con claridad. Decidió golpear con más fuerza y un polvo más espeso comenzó a brotar desde el suelo, nublándole

la vista. Se tapó los ojos por instinto, sintiendo que las voces que oía estaban cada vez más cerca.

Abrió los ojos y se sorprendió al verse en otro lugar. Estaba en una calle rodeada de chabolas, construcciones que pretendían ser casas y que apenas se mantenían en pie. Unas niñas pequeñas se acercaron al verla. Manuela agarró con fuerza el bastón.

—Tú debes ser la niña que viene a bailar conmigo —le dijo una niña morena que movía mucho las manos al hablar—. Me llamo Nela —se presentó—. Corre, que mi madre está esperándonos para ponernos las flores y los mantones.

Manuela la miró con atención. Era más o menos de su misma edad y se parecía mucho a ella, aunque la niña estaba más delgada. Tenía el pelo alborotado y su ropa estaba gastada por el uso. La siguió de cerca, sin dejar de observarla.

—Si me estás mirando la cabeza así por si tengo piojos, no te preocupes, que en mi casa no hay ni uno. Todo el mundo dice que las chabolas están infestadas, pero es una mentira tan grande como una casa. Si quieres te digo nuestro secreto, para que tu madre también te lo haga: mi madre coge los huesos de las chirimoyas y los mete en alcohol. Una monja se los guarda y ella hace un ungüento para toda la calle. Así que no te tienes que preocupar por *na*. Anda, date prisa, que, aunque tu abuela dice que bailas muy bien, algo tenemos que ensayar; si no, va a ser todo un desbarajuste.

Manuela la siguió, acelerando el paso. No podía dejar de mirar las casas por donde pasaban. Las mujeres tenían la ropa en unas cuerdas largas que se agarraban a

los palos de madera que sujetaban las casas. Estas parecían tan inestables que la niña pensó que las derrumbaría si se apoyaba en uno de esos postes de madera.

Los niños corrían descalzos por la calle, entrando y saliendo sin parar de las casas, que tenían las puertas abiertas, y levantando un polvo blancuzco que se les pegaba a la piel y los llenaba de churretes. Cuando llegaron a la casa de Nela, Manuela tuvo que contener un suspiro de pena al ver el estado de la casa por dentro. No había muebles en la sala. Una mesa y cuatro sillas, cada una de un estilo diferente, era lo único que tenían. En un rincón vio un montón de trapos zurcidos unos con otros y a Manuela se le encogió el corazón al pensar que era ahí donde dormían.

—Niñas, ¿dónde os metéis? Tu padre está a punto de llegar. Venga, ve a lavarte la cara y los pies, el barreño está listo en la puerta —apremió la madre de Nela—. Cómo te pareces a tu abuela. Anda, ven, que te vaya haciendo el coco y te ponga la peineta y la flor, a ver si dejáis a todos los guiris con la boca abierta. Ojalá os den buenas propinas y podamos comprar mañana un par de huevos. Tienes un vestido precioso, Manuela; voy a ver qué flor te pongo que te pegue.

Manuela apoyó el bastón en la pared y miró su vestido. Era un vestido corto que le había regalado su madre esa misma mañana. Tenía mucho vuelo y un coqueto volante al final de la falda. Pequeñas florecitas rojas estampaban toda la tela blanca. Observaba a Nela, que se secaba los pies con una toalla raída. Cuando se puso la falda larga que le había dado su madre, se la tuvo que sujetar con una mano porque era por lo menos tres tallas más de lo que necesitaba. Su madre se acercó a ayudarla.

—Nela, hija, estás cada día más delgada, a ver cómo hacemos para que no se te caiga la falda bailando.

—Si quieres, puedo ponerme yo tu falda y tú mi vestido. Creo que a mí no se me caerá bailando.

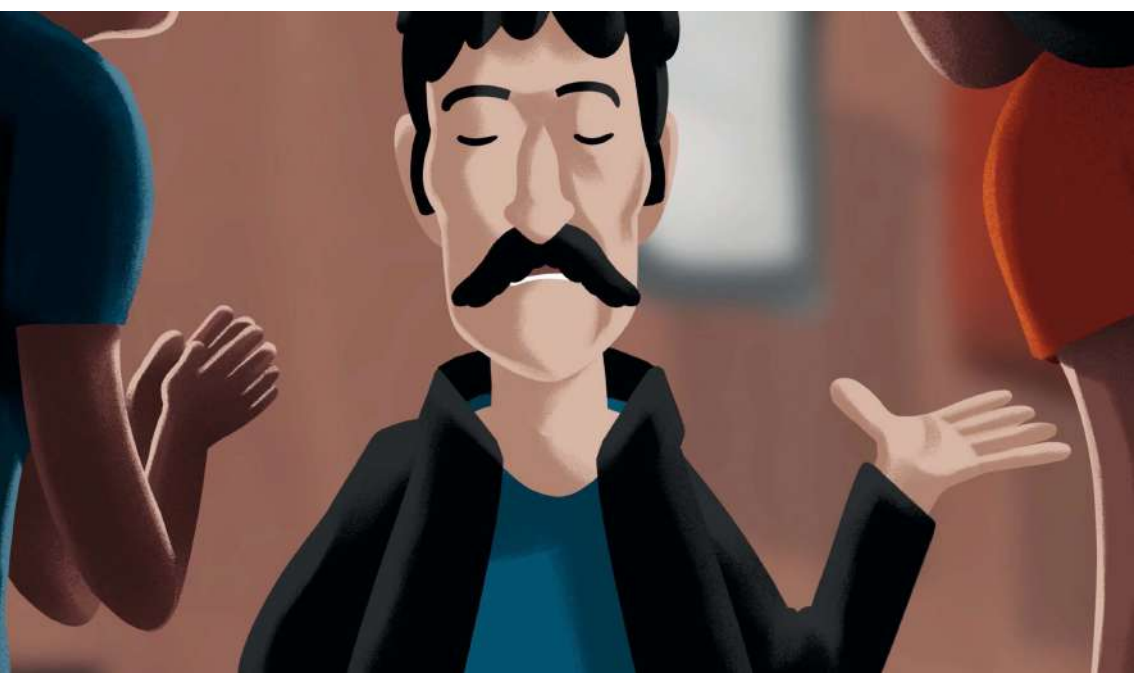
Madre e hija se miraron sin saber qué decir. Para no darles tiempo a reaccionar, Manuela se quitó el vestido que llevaba con rapidez y ayudó a Nela a desvestirse.

—Es el vestido más bonito que me he puesto nunca. Seguro que hoy me dan más propinas y nos podemos comprar un cartucho de pipas recién tostadas.

Manuela tuvo que contener las lágrimas. La pobreza de aquella familia la sobrecogía. Sintió no tener nada más para ofrecerles.

—Ya estoy aquí, creía que no llegaba.

Era el padre de Nela. Tenía la misma cara que su hija, pero sus ojos eran de un azul intenso.



—No veas qué mal rato he pasado —narró mientras se sentaba y se quitaba un viejo sombrero—. Me ha parado la guardia civil al salir del bar y me han tenido una hora detenido.

—Y esta vez, ¿con qué excusa ha sido? —preguntó la madre de Nela muy contrariada.

—Con ninguna, María; no necesitan excusas, tú ya lo sabes. Estos picoletos, solo con saber que eres gitano, ya se echan el rato. Si creíamos que la Ley de Vagos y Maleantes era lo peor que nos podía pasar es porque no sabíamos lo que nos esperaba. Esta maldita Ley de Peligrosidad Social no nos deja respirar. Y pensábamos que 1970 iba a ser un buen año.

—Mucho flamenco y mucho cartelito repartido de «Spain is different» en todas las esquinas, pero los gitanos solo servimos para lo que les conviene. Para una juega sí que nos llaman —contó María con indignación—. Nunca conseguiremos vivir en paz.

—Lo conseguimos —Manuela se arrepintió al instante de sus palabras—. Quiero decir que estoy segura de que dentro de pocos años tendremos los mismos derechos que el resto de los españoles.

—Dios te escuche, hija —le dijo la madre de Manuela mientras le fijaba con horquillas una flor roja en el peinado que le había hecho.

Todos callaron cuando oyeron unos gritos en la calle. Dos hombres que parecían muy enfadados se pararon en la puerta.

—Buenas tardes, familia. Tío, necesitamos hablar contigo. Es muy urgente.

Juan, el padre de Nela, los hizo pasar. Sus sobrinos venían muy enfadados.

—Necesitamos que el hombre de respeto de nuestra familia nos ayude a resolver este entuerto antes de que acabemos muy mal —dijo un tercer hombre que llegó corriendo.

—Contadme qué es lo que ocurre y os ayudaré —confirmó Juan.

Manuela los miraba atentamente mientras escuchaba la historia. Ella sabía lo que significaba ser un «hombre de respeto»: su padre era el de su familia y siempre ayudaba a resolver los conflictos que surgían. Sabía que esos hombres habían venido a buscarlo para que mediara entre ellos. Los dos muchachos, que eran primos, querían vender espárragos en la misma esquina del mercado, la que más tránsito de personas tenía. Juan los escuchó atentamente.

—Los dos tenéis unas familias que alimentar y sé que la cosa no está fácil, nadie nos da trabajo y cada uno se busca la vida como puede. Pero sois familia y no podéis darles ese ejemplo a vuestros chavales. La familia gitana es lo más importante y está para ayudarse. Tenemos dos soluciones: o va cada día uno a la esquina del mercado, por turnos, o juntáis todos los manojos en el mismo cesto y los vendéis juntos. Uno se pone en la esquina del mercado y el otro en la alameda, que también es buen punto de venta. Luego cobráis según la cantidad de manojos que lleva cada uno. Lo habláis y me decís la decisión que habéis tomado, para que tengamos constancia. Y ahora voy a llevar a las niñas al tablao, que llegamos tarde.

—Gracias, tío. Creo que no hace falta hablarlo: mi primo y yo juntaremos los manojos y los venderemos a medias. Necesitamos vender todos los días. Nos iremos cambiando de sitio para que la *pestañí* no nos pille. ¡Que Dios os bendiga!

Una vez resuelto el problema, se terminaron de arreglar. Manuela y Nela salieron tras Juan, que, con paso rápido, les indicaba el camino. Caminaron solo unos cinco minutos, pero las calles tenían un aspecto tan distinto que parecían estar en otra ciudad. La carretera estaba empedrada y las casas eran grandes, con las paredes de un blanco reluciente y adornadas con macetas de colores.



Cuando entraron al tablao, a Manuela le llamó la atención la cantidad de personas que había en un espacio tan pequeño. La mayoría eran extranjeros, con la piel clara y el pelo rubio.

—Han venido muchos suecos, y eso es bueno, Manuela: seguro que nos dan algunas monedas. No te preocupes, que, aunque no hemos ensayado, tú con bailar ya los tienes a todos en el bolsillo... ¡Si de flamenco saben lo justo!



Cuando Juan comenzó a tocar la guitarra, Manuela se quedó petrificada encima del escenario. No sabía qué hacer. Pero Nela la cogió de la mano y la colocó en el centro. Cuando su compañera alzó los brazos y la miró sonriendo, Manuela sintió que sabía lo que tenía que hacer. Bailaba desde antes de mantenerse en pie. No le fue difícil encontrar la coordinación perfecta entre los brazos de Nela. El baile improvisado, en las fiestas de su familia, le encantaba.



Bailaron casi una hora, durante la cual, el público no dejó de aplaudir. Juan mostró su alegría de regreso a casa.

—Habéis estado maravillosas. Qué pena que te tengas que ir, Manuela, hacéis un dúo estupendo.

Nela se paró de golpe. Su padre palideció, deteniendo el paso. Al final de la calle, a escasos metros de ellos, una pareja de guardias civiles estaba apostada en la acera.

—Nos van a quitar el dinero, *papa* —susurró Nela asustada—. Van a decir que no es nuestro y que lo hemos robado.

Manuela sintió una punzada de ira en su interior. No iba a permitir que les robaran. Respiró hondo y pensó en una solución rápida.

—No nos van a quitar nada—anunció con seguridad—. No digáis nada. Esto está lleno de extranjeros que salen del tablado. Nela, dale la mano a tu padre. No les miréis a los ojos. Solo miradme a mí. Quitáte la flor del pelo y escóndela.

Manuela tiró de su falda hacia arriba, simulando que era un vestido palabra de honor. Se quitó la flor, pero no le dio tiempo a soltarse el pelo. Miró fijamente a los guardias civiles a los ojos y les dijo:

—*Good night. How are you?*

Los guardias inclinaron la cabeza a modo de saludo. El plan de Manuela había funcionado: los habían confundido con extranjeros.

—Eres igual de lista que tu abuela —dijo Juan, orgulloso.

—Tu vestido los ha confundido, los gitanos no solemos llevar prendas tan finas y bonitas —sonrió Nela.

Cuando llegaron a casa, le contaron a María la aventura que acababan de vivir muertos de la risa. Nela se quitó el vestido para devolvérselo a su amiga.

—No, quédatelo —pidió Manuela, sabiendo que no tendría mucha más ropa para hacer un intercambio.

—Pero, muchacha, mira el viento que se ha levantado, ¿cómo vas a ir sin él? —protestó María.

—No estoy desnuda, tengo la camiseta interior y los leotardos. No te preocupes, donde voy no lo necesito. —Se quitó la ropa de su amiga y los pequeños pendientes que llevaba puestos—. Estos son para ti, María; estoy segura de que puedes venderlos y comprar algo de comida para tu familia.

Recordó el bastón que había dejado apoyado en la pared.

—Y esta cachava es para ti, Juan. Eres el hombre de respeto de tu familia y todos los hombres de respeto deben tener una.

Juan cogió la cachava y la miró con admiración.

—Toma —le ofreció Nela—. Llévate mi flor. Ahora es lo único que puedo ofrecerte. Aunque estoy segura de que nuestros caminos se cruzarán de nuevo.

Manuela la cogió, ahuecándola en su mano. Se despidió de todos con un fuerte abrazo y salió de la casa sin tener ni idea de cómo volver a la suya. No tenía el bastón para golpear el suelo. Volvió al punto exacto donde había abierto los ojos. Miró de nuevo las chabolas, tan imper-

fectas por fuera y tan llenas de amor por dentro. Pensó que eran hogares fríos en su exterior, pero llenos de calidez en su interior. El aire se volvió más agresivo, levantando el polvo del camino. Manuela cerró los ojos. Sintió cómo el polvo la rodeaba, cómo le acariciaba la cara y la volvía liviana como una pluma.

Cuando abrió los ojos, estaba de nuevo en la habitación de su abuela y tenía en la mano la flor roja que le había regalado Nela.

Abrió el armario de su abuela para buscar algo de ropa. Se sorprendió al encontrar, colgada en una vieja percha, una falda exactamente igual a la que ella había llevado puesta para bailar en el tablao.



La pluma



Manuela colocó la flor junto a los demás objetos: el ramillete de sauce, la cinta y la herradura, y se puso una de las camisetas de su abuela. Se colocó las manos en las mejillas porque estaban calientes, latían. Volvió a mirar dentro de la caja. Ya solo quedaba un objeto. Era una pluma estilográfica, dorada y negra, muy elegante. Le quitó la capucha y escribió con ella en el papel de las instrucciones: «Garapatí», ‘gracias’ en caló, aquel idioma de sus antepasados que habían ido perdiendo por las prohibiciones. Qué triste la historia de su pueblo, qué herida a sus espaldas. ¿Cómo quitarse una lacra de seiscientos años?

Manuela cerró los ojos y apretó la pluma en la mano. Suspiró muy hondo, dio la vuelta al papel y escribió: «Un niño». De inmediato lo vio allí, frente a ella, como si su frase se hubiera materializado. El niño la miraba con sus ojos inmensos, llenos de hambre, y con una bolsa caqui de mendrugos en la mano.

—Mi *mama* me manda ir a pedir limosna a las casas de la gente pudiente de Puerto Real, donde vivimos —le dijo—. De esa hambre vengo.

El niño mordisqueó un corrusco sin dejar de mirarla y sonrió.

—Pero mi madre también quiere que estudie.

Así que Manuela escribió: «Un niño que estudia». La pluma rasgó el papel. Su sonido le recordó al de la lluvia, y allí estaba ese niño otra vez. Había crecido y el agua se derrumbaba sobre sus hombros. Él protegía los libros mientras corría hacia el instituto o, más tarde, cruzaba la puerta de la universidad. Tal como llegó esa visión, se disolvió en el aire.

La habitación de la abuela se quedó en penumbra. La niña pestañeó, se mordió el labio, desconcertada. Leyó una y otra vez el inicio de la frase que había escrito: «Un niño que estudia». No sabía qué añadir. Un niño que estudia..., ¿qué? La pluma tembló entre sus dedos, así que la apretó fuerte para que no se le escurriera. Sintió una fuerza extraña apoderándose de su mano, como si la pluma formara parte de ella. Sin pensarlo, la mano-pluma escribió: «...abre caminos». Y entonces lo vio allí, frente a ella: un gitano muy guapo con el pelo negro, largo, repeinado hacia atrás. Iba vestido con una camisa de seda roja y un pañuelo floreado anudado al cuello con un anillo de plata. Tendría unos treinta años, quizá algo más, y la miraba con los ojos resplandecientes. Por esos ojos lo reconoció Manuela. Era el niño de la bolsa de mendrugos, el mismo que cargaba la mochila para ir al instituto y luego a la universidad. Pero también supo quién era. Ella lo había visto en una fotografía en su casa. Todos los gitanos lo conocían. Había conseguido grandes cosas para su pueblo. Aquel niño que pedía limosna se había convertido en alguien muy importante.

—¡Vamos, vamos o llegaré tarde! —le dijo él—. Hoy es el gran día. ¡Corre!

El hombre sonrió y se apresuró a salir de la casa. Manuela lo siguió y corrieron por la calle, pero no era su

calle, y tampoco le parecía que fuera su época. Los coches eran muy cuadrados y la gente vestía pantalones de pata de elefante y camisas con cuello de punta.

Atravesaron la Puerta del Sol y siguieron corriendo. Por el reloj donde suenan las campanadas de Nochevieja supo que estaban en Madrid. Y adivinó a dónde se dirigían. Al Palacio de las Cortes, que es donde se reúnen los políticos para debatir las leyes. Porque aquel hombre al que seguía era Juan de Dios, el primer diputado gitano de la democracia.

Llegaron a una calle estrecha atestada de gente que aplaudía y gritaba con entusiasmo. Por allí se accedía a la parte trasera del Palacio de las Cortes. Hacía mucho calor, el sol caía de golpe sobre sus cabezas. La gente



aplaudía y alargaba los brazos para tocar a los hombres y a las mujeres que entraban en ese edificio. Todos vestían con oscuros trajes de corbata, así que Juan de Dios, con su camisa roja como la flor de Nela, llamaba mucho la atención entre ellos.

Estaban a punto de alcanzar la puerta de las Cortes cuando alguien gritó, señalándolo:

—¡Es el diputado gitano, es el diputado gitano! ¡Es Juan de Dios Ramírez Heredia!

Otras voces corearon:

—¡Felicidades, Juan de Dios! ¡Mucha suerte!

Todos parecían muy contentos. También Manuela se alegró ante el entusiasmo de la gente. Miró a una señora que se secaba los párpados con un pañuelo.

—Mucho mérito tiene —le dijo a Manuela, conmovida, señalando al hombre—. Son las primeras elecciones después de la dictadura. Empieza la democracia y, mira mira, entre los trescientos cincuenta diputados hasta hay un gitano para que nos represente. ¡Comienza el progreso!

Manuela asintió. Ella sabía que, para llegar hasta ahí, ese hombre había tenido que luchar mucho más que el resto. Había tenido que luchar contra la Historia y la miseria.

Juan de Dios se giró para apremiarla. Los dos juntos entraron al Congreso. Y con ellos entraron todos los gitanos. Llegaron a una sala enorme, con una bancada semicircular y los techos abovedados repletos de pinturas. En una mesa había un calendario: año 1977.

—Esta es la sala de sesiones —le explicó Juan de Dios.

Manuela admiró los cuadros, las figuras, los bancos vacíos y las ricas alfombras.

—Aquí se firmará la Constitución, que es la ley que establece quién y cómo se ejercen los poderes públicos y protege nuestros derechos y libertades. Llevábamos 36 años con un dictador, que era el que mandaba. Había que hacer lo que él decía, pero murió hace dos años, y ahora lo haremos en democracia, decidiendo entre todos los españoles. Al haber sido elegido diputado, yo estaré presente en la elaboración de la Constitución. Y ten por seguro que recogerá la igualdad de los gitanos ante la ley, sin discriminación alguna. Y esa Constitución llevará mi firma. La firma de un gitano.

Manuela asintió, sabía que todo lo que decía ocurriría exactamente así. Sin embargo, le entraron dudas. Una cosa era lo que se ponía por escrito y otra muy distinta, lo que se hacía después. Los gitanos no necesitaban escribir sus leyes, les bastaba su palabra. Todos sabían que lo pactado se iba a cumplir. Pero no siempre ocurría así con los gachés. Recordó el miedo a la Guardia Civil que tenían Nela y su familia.

Juan de Dios, como si entendiera lo que pasaba por su mente, se agachó para ponerse a su altura y le dijo:

—Esta es la ley máxima, no te preocupes. Pero, además, te prometo, Manuela, que lucharé con uñas y dientes, con todo el poder de la palabra y la justicia para que también se quiten los estatutos de la Guardia Civil que van en contra de los gitanos. Y defenderé a nuestro pueblo ante Europa, y lucharé porque Naciones Unidas nos reconozca como pueblo.

Había tanta energía, tanto magnetismo y determinación en aquel hombre que Manuela deseó algún día ser como él. Además, sabía que todo lo que se había propuesto aquel gitano grande lo iba a conseguir. Él era ya parte de la historia de su pueblo, la que restituía tanto dolor del pasado y ponía las cosas en su sitio. De pronto, se sintió muy pequeña frente a aquel hombre. Quiso agradecerle todo lo que iba a hacer por su pueblo, pero la voz no le salió.

Se escucharon pasos sobre las alfombras y un murmullo de gente.



—Va a comenzar nuestra primera sesión, Manuela. Tenemos que firmar las actas de diputados —le dijo Juan de Dios, tocándose los bolsillos en busca de una estilográfica.

Manuela, sin darse cuenta, se había traído con ella la pluma y la apretaba muy fuerte en la mano. La abrió y se quedó mirándola. Aquel era el último objeto de la caja de la abuela. No tuvo duda de a quién pertenecía. Juan de Dios tenía que firmar tantos documentos importantes que necesitaba una pluma como esa. Haciendo un gran



esfuerzo para romper su repentina timidez, levantó la mano y le ofreció la pluma.

Juan de Dios la tomó agradecido, se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una tela cuidadosamente plegada. La desdobló y se la enseñó a Manuela. Ella sonrió porque sabía muy bien lo que significaba. Estaba dividida en dos franjas, azul la de arriba y verde la de abajo. En medio, atravesada entre las dos, estaba dibujada una rueda de carromato de color rojo.

—Hace unos años, en 1971, se celebró en Londres el I Congreso Mundial Romaní/Gitano y allí consagramos nuestra bandera azul y verde, el emblema de nuestro pueblo. Un pueblo que no entiende las fronteras tiene por techo el azul del cielo y por suelo, el verde de los campos —le explicó Juan de Dios—. Yo tuve la suerte de estar ahí, en Londres. Llévatela a cambio de la pluma.

Manuela, agradecida, tomó la bandera. El salón empezaba a llenarse de hombres con traje y corbata. También había alguna mujer, pero poquísimas; costaba encontrarlas entre los trajes oscuros. Manuela sabía que era hora de marcharse. Miró a Juan de Dios por última vez, se aclaró la garganta y, sacando toda su fuerza de dentro, le dijo:

—¡Gracias! ¡Nunca te agradeceremos bastante tus logros!

Y todos los gitanos hablaron por la boca de Manuela.

Después, la niña se envolvió en la bandera y cerró los ojos. Sabía que cuando los abriese estaría en el cuarto de la abuela.

El regalo



Ya no quedaba ningún objeto en el joyero de la abuela. Y era ahora cuando sentía que tenía su regalo al completo. Recordó el principio: «Una pregunta la abre / Una pregunta la cierra». Su abuela le había entregado el legado más bonito del mundo: la historia de su pueblo. Se sentó en la cama y se secó con decisión las lágrimas. No sabía qué hacer con todo eso. Esa era la pregunta que le quedaba por responder.

Su madre apareció por la puerta con una bandeja.

—Estoy segura de que tienes hambre —le dijo, acercándole una bandeja con dos bollos de leche y un zumo de naranja.

—Estoy muerta de hambre —confirmó la niña.

Manuela se comió con rapidez los dos bollos, se levantó y puso encima de la mesa todos los objetos que las distintas familias gitanas le habían regalado.

—*Mama*, este es mi regalo. Pero no sé qué hacer con él.

—Tienes la respuesta dentro de ti, Manuela, solo tienes que encontrarla. Voy a traerte una manta. Descansa, estoy segura de que antes de que te des cuenta tendrás tu respuesta.

Manuela le pidió a su madre que se quedara un rato.

—Antes de abrir el regalo de la abuela —contó— tenía mucha pena porque mis compañeros no habían venido a mi cumpleaños. Pero la abuela me ha enseñado que no sirve de nada perder el tiempo sintiéndose mal. Tengo que guardar esas fuerzas para cambiar las cosas.

La madre sonrió.

—¿Y qué has pensado?

—No me pueden querer si no me conocen —contestó la niña, imitando la voz de la madre—. Así que voy a hacer que me conozcan. Y creo que tengo una idea.

Manuela sonrió.

—Pues te dejo sola para que la pienses bien. Llámame si me necesitas.

Manuela cogió una vieja libreta y un bolígrafo del cajón del escritorio de su abuela y comenzó a escribir sin descanso. Al terminar se quedó dormida sobre la cama de su abuela. Cuando su madre la despertó para ir al colegio, tuvo la sensación de que había dormido durante días.

Se marchó a clase y, nada más entrar en el aula, corrió a hablar con la maestra. Tenía que contarle su idea. La maestra la escuchó atentamente con una sonrisa en los labios. Le dio su aprobación y, en cuanto todos los alumnos se sentaron en sus pupitres, la profesora los mandó callar.

—Hoy vamos a empezar la clase de Conocimiento del Medio de una manera especial. Manuela nos va a contar un cuento.

Todos sus compañeros se miraron sorprendidos.

Manuela sacó del joyero los objetos que había recibido en sus viajes. Los colocó en la mesa de su maestra y comenzó a hablar.

—Una enorme tarta adornada con crema de chocolate y fresas presidía la mesa —comenzó a narrar Manuela.

Sus compañeros la escuchaban con atención. Narró la historia de una niña que se encontró sola el día de su cumpleaños. Una niña que, a través del regalo de su abuela, un regalo mágico, descubre toda la historia de su pueblo. Los niños y niñas de su clase la miraban con atención.

Manuela contó una historia tan bonita, tan llena de sentimientos y de hechos asombrosos que desconocían, que pudo ver cómo algunos de sus compañeros se emocionaban.

—Los gitanos y las gitanas hemos sido un pueblo marginado, condenado a la pobreza, un pueblo que ha sufrido mucho por mantener su identidad. Pero nunca hemos perdido nuestra alegría, nuestras ganas de vivir y disfrutar.

Manuela volvió a casa pensando que a su abuela le habría encantado el cuento que había escrito. No sabía si había conseguido transmitir a sus compañeros todo lo que ella le había enseñado. Ningún niño se había acercado a ella. Ninguna niña le había dicho nada en el recreo. Tan solo los vio cuchichear mientras la miraban.

Comió animadamente con su familia y les contó lo bien que le había ido en el colegio. Cuando estaba haciendo los deberes, sonó el timbre. Una de sus compañeras le había traído un regalo. Ni siquiera lo había

abierto cuando el timbre volvió a sonar. Todos sus compañeros comenzaron a llegar. Antes de que dieran las cinco, la casa estaba llena de niños y niñas que comían animados.

El padre de Manuela cogió la guitarra y les enseñó a cantar el Cumpleaños feliz como se cantaba en la familia, con un deje flamenco que lo hacía diferente. Todos conocían la letra y la siguieron con facilidad.

Cantaron y comieron, riendo y divirtiéndose con los juegos que Manuela había preparado para su fiesta. Su favorito fue uno en el que tenían que comer chocolate con churros con los ojos vendados.

Al finalizar la tarde, cuando los padres de sus compañeros vinieron a por ellos, Manuela estaba agotada. Ayudó a sus padres a recoger el salón y se metió en la cama temprano.

—Tenías razón, *mama*. Algo triste puede traer algo bueno. Ha sido el día más feliz de mi vida —le dijo la niña, abrazándola.

La madre la arropó con cariño y le dio un beso en la mejilla.

—Tu abuela estaría muy orgullosa de ti —le dijo susurrando—. Y yo también lo estoy. Ahora duérmete, que el día ha sido muy largo.

—*Mama* ¿cómo llamaban a tu abuela cuando era niña? —preguntó Manuela cuando su madre estaba a punto de cerrar la puerta.

—Todo el mundo la llamaba Nela, aunque se llamaba como tú. Duerme, que es muy tarde.

Manuela cerró los ojos sonriendo.

Acababa de darse cuenta de que su abuela le había hecho un segundo regalo.

Le había enseñado que lo más importante no era tener una casa maravillosa llena de juguetes o cosas bonitas. Lo más importante era tener una familia que te acompañe, te cuide y te quiera. Ese era el verdadero regalo.

Se durmió pensando en lo afortunada que era por tener una familia como la suya.



Agradecimientos

Gracias a Lola Cabrillana por su entusiasmo y por abrirme la puerta al mundo gitano.

Gracias a todos los expertos y a la Fundación SM por darme la oportunidad de adentrarme en la terrible historia del pueblo gitano, historia también del pueblo español.

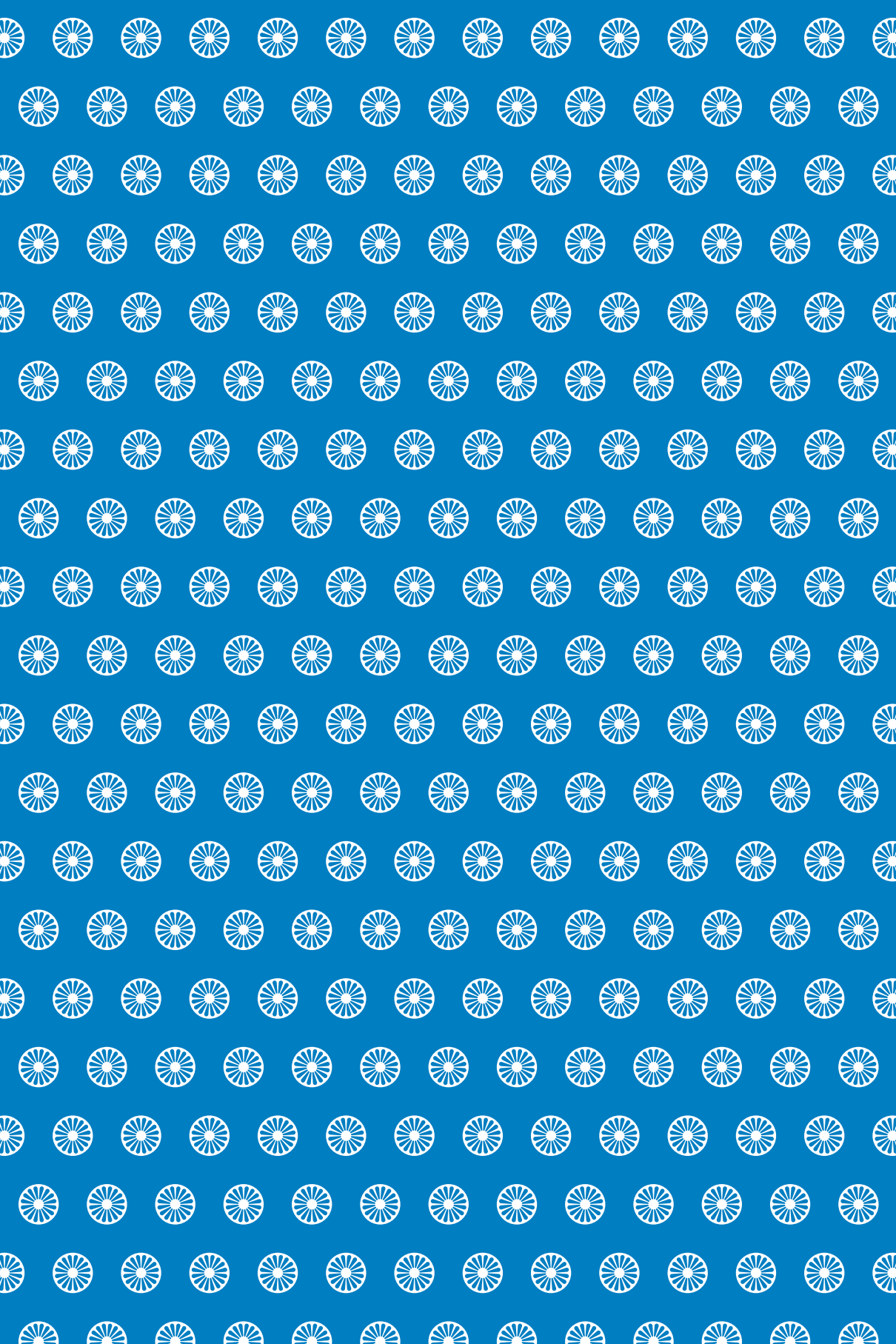
Gracias al pueblo gitano por resistir, manteniendo sus valores de respeto, solidaridad y libertad, y por contribuir a nuestra identidad nacional.

Mónica Rodríguez

Gracias a todo el equipo que ha hecho posible que la historia de mi pueblo se pueda enseñar de manera tan veraz y bonita. A Mónica Rodríguez, que consiguió que el proceso fuera enriquecedor y divertido.

Y no puedo olvidar a todas las asociaciones y personas que trabajan para y por el pueblo gitano. En especial a la Fundación SM, gracias por iluminarnos y acompañarnos en el camino.

Lola Cabrillana



“No se puede amar lo que no se conoce”. Con estas palabras, la joven Manuela recibe en su cumpleaños un precioso y misterioso joyero, regalo de su abuela, que únicamente se abre al formular la pregunta correcta: “¿Cuántos años tengo?, ¿qué hay dentro de la caja?, **¿quién soy?**”. De pronto, se produce un centelleo que ilumina sutilmente el cuarto al mismo tiempo que el joyero consigue abrirse. En su interior, Manuela encuentra una **falda**, un **clavo**, un **anillo de oro**, una **cachava** y una **pluma estilográfica**. Estos objetos, aparentemente inconexos y extraños, llevarán a la curiosa y valiente niña a vivir una verdadera aventura: la de su propia historia que, en realidad, es la historia de todos los gitanos y gitanas. El precioso joyero de su abuela no es otra cosa que el legado de quienes la precedieron, y cuyas vidas nutrieron y forjaron una historia, identidad y cultura, que Manuela conocerá, amará y abrazará como propia.



POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL



fundación sm